

HOMENAJE A
ALBERTO TAURO DEL PINO

DR. ALBERTO TAURO DEL PINO

(1914-1994)

Colaborador del Dr. Basadre en la reconstrucción de la Biblioteca Nacional, extraordinario Bibliógrafo, Director del Anuario Bibliográfico Peruano, Investigador acucioso, Profesor muy querido y estimado de la Escuela Nacional de Bibliotecarios, contribuyó a la formación de varias generaciones de bibliotecarios.

Creímos que la mejor forma de honrar hoy su memoria, era publicar "Fénix", revista en la que colaboró mucho tiempo y que sale una vez más a la luz.

Recogemos en ella, el homenaje de distinguidos intelectuales, sus amigos, al que nos aunamos con emoción.

En la Biblioteca Nacional sentimos profundamente su ausencia, sin embargo su presencia espiritual estará presente, pues su cariño y su preocupación permanente por esta Casa, sus consejos, en fin, su espíritu estará siempre presente en nuestro quehacer cultural.

¡Honremos al Maestro!

MARTHA FERNANDEZ DE LOPEZ
Jefa Institucional



LUIS JAIME CISNEROS

Homenaje a Alberto Tauro

La quietud asumida hace unas horas por Alberto Tauro ofrece claro contraste con el arduo trajín de su larga vida académica. Vida sin descanso y sin estridencias. Vida cauteladora de la verdad, atenta al flujo inesperado de los acontecimientos, reservada al cultivo auténtico de lo histórico, ésta con que Alberto Tauro enriqueció nuestra amistad y enalteció la historia cultural de la república merece de nosotros gratitud. Yo digo acá la gratitud de la Academia Peruana de la Lengua, en el seno de la cual tantas veces nos ilustró Tauro con su consejo talentoso y su palabra edificante, y pongo de relieve -consciente de que el momento exige parquedad- los rasgos sobresalientes de su quehacer.

Cuando en las tesis que para optar bachillerato y doctorado concilió Tauro los nombres del general Echenique y el poeta Alejandro Peralta, definía con claridad las líneas que habrían de ir caracterizando su labor intelectual: la historia y la literatura, amalgama que no puede extrañar a quien pertenecía a esa generación que, estimulada por la gran crisis política de 1930, halló refugio y expresión en los caminos del ensayo y de la crítica. De ahí la inquietud sociológica que anida en sus escritos, donde advertimos desde la hora primera la impronta del espíritu de Mariátegui. Pero Alberto Tauro no se dejó seducir por la refulgencia de un proselitismo ajeno a su honda vocación académica: fue un maestro universitario y un investigador cabal y vivamente se empeñó en que tales aspectos de su quehacer se ciñeran estrictamente a una terca vocación intelectual. Muchos incomprendieron su actitud y no supieron aquilatar este difícil equilibrio entre su raigal pensamiento filosófico-político y su esencial vocación universitaria. Puso Tauro al servicio de la historia y la literatura una rotunda claridad conceptual, alimentada por un fervor docente inicialmente estimulada en las aulas secundarias y robustecido luego en los claustros del Instituto Pedagógico y de la Normal Superior.

Como era raigalmente hombre de laboratorio, la investigación atrajo a Tauro desde la hora primera. Por eso resulta natural su preocupación por el tema de las fuentes historiográficas. Nadie trabajó con tanto ahínco como él para despertar el interés por los estudios bibliográficos, tarea dura y sosa a la que sólo están convocados espíritus muy sagaces. No suele la bibliografía ser materia atractiva ni brinda fáciles triunfos, pero cuando está orientada por la perspicacia y la tenacidad marca derroteros felices para quienes de

verdad buscan el saber. Tauro fue ejemplar pionero en este terreno. No hay historia verdadera, en verdad, si hay desmedro de las fuentes; y sólo una rigurosa clasificación de la bibliografía permite escrutar en el horizonte con acierto y relegar la cizaña para privilegio del grano bueno. Por el buen grano de la información sana trabajó duramente Alberto Tauro. Huella fecunda de su ojo vigilante queda en las publicaciones de la Biblioteca Nacional, en el silencioso trabajo de la Escuela de Bibliotecarios, en el Boletín Bibliográfico, así como en el Departamento de Publicaciones de San Marcos. Esta preocupación era, de otro lado, fundamental para asegurar la trascendencia de su viva inquietud histórica. No le interesaron a Tauro el dato vocinglero, ni la anécdota oportuna, ni lo que era meramente accidental en los hechos y en los hombres, sino que vivió atraído por el mundo de las ideas y prefirió verlas y estudiarlas como en su extenso trabajo literario. Se interesó por algunos aspectos de nuestra literatura colonial, y tanto en su breve estudio sobre Amarilis, como en el meditado trabajo que dedicó a la Academia Antártica encuentran todavía hoy buen derrotero los investigadores de nuestras letras coloniales. El indigenismo, que fue preocupación orientadora de su tesis sobre la obra de Alejandro Peralta, constituyó siempre tema de estudio e interés. Exhumó textos de Palma y dedicó especial atención a la obra de José Carlos Mariátegui, muchas de cuyas reediciones prologó con meditados ensayos y en la celebración de cuyo centenario lo ha sorprendido la desgraciada noche del viernes.

Fue durante casi cuarenta años nuestro compañero en la docencia sanmarquina, y a lo largo de quince años frecuentó con nosotros labores y desvelos en la Academia Peruana de la Lengua, en cuyo seno actuó como bibliotecario en la primera directiva que presidió Augusto Tamayo Vargas. La vida intelectual peruana pierde ciertamente con Alberto Tauro a un animador de sus más valientes empresas editoriales. Editó "Prometeo" con Augusto Tamayo y José Alvarado Sánchez, apenas cumplidos los 16 años de edad, y a los 22 era el editor de "Palabra", revista ligada a la generación a la que perteneció. Pero quiero ahora sólo recordar el soplo de vida que supo infundir a Fénix, esa revista que -fiel al mandato de su nombre- siempre ha sabido renacer con nuevos fuegos para dar cuenta de la vida y la labor de nuestra Biblioteca Nacional.

En esta rápida exégesis quizá convenga rescatar lo que había (y queda) de permanente en la vida y en la obra de Alberto Tauro, lo que estaba arraigado en esa hermosa calidad humana alentado por la palabra sobria, el desprendido gesto, los ojos esperanzados y la mano cordial. Nadie pudo dudar nunca de sus lealtades: leal con las disciplinas humanísticas que cultivó; leal con su propia filosofía política, sin exaltaciones inoportunas ni demagogias exaltantes; leal con la pureza de su quehacer intelectual. Las obligaciones intelectuales fueron su mejor obsesión y lo escoltaron hasta el

umbral de la muerte.

*Hombre atento a toda clase de circunstancias (políticas, sociales, culturales o económicas) supo resumir Alberto Tauro su total preocupación en la **Enciclopedia Ilustrada del Perú**, en cuya nueva edición estaba por estos días empeñado.*

Una labor de esa naturaleza sólo ofrece su verdadero perfil con el andar del tiempo; ahí encontramos expresada a cabalidad la idea que Tauro tenía de la historia. En dicha enciclopedia hallamos noticia minuciosa sobre hechos y hombres, sobre corrientes ideológicas, sobre acontecimientos del mundo científico y de la vida cultural, sobre canciones y bailes, sobre frutas y plantas. Ahí se nos ofrece rica y variada noticia sobre usos peruanos del lenguaje, con atención esmerada a las muchas caras con que el plurilingüismo se muestra entre nosotros.

Cuando se enjuicie en el futuro la obra de Tauro se comprenderá que los adjetivos que hoy aplicamos a su obra no son fruto del afecto o la amistad sino que responden a razones de estricta justicia y la necesidad de exaltar la verdad. En esta hora de eufemismos y mezquindades, resulta imprescindible destacar el valor que para la vida de Tauro tuvieron la democracia, la justicia y la verdad.

La Academia Peruana de la Lengua pierde con Alberto Tauro a un hombre que nunca le escatimó colaboración. En los colegios jesuitas recibió Tauro su formación esencial. Por eso lo despide recordando que todos trabajamos, a veces sin saberlo. A.M.D.G.

*(Leído en el Homenaje en la
U. N. M. S. M. en el velatorio)*

MANUEL PANTIGOSO

El Peru en la Historia y en la Literatura

El 18 de febrero último falleció uno de los grandes escritores del Perú: Alberto Tauro del Pino. Historiador y literato de notable aliento, había nacido en el Callao el 16 de enero de 1914 y realizado sus estudios escolares en La Inmaculada. Este colegio es fundamental para sus inicios literarios, pues allí editó al lado de Augusto Tamayo Vargas, José Alvarado Sánchez (Vicente Azar) y Ernesto Gastelumendi, la revista "Prometeo" (1930-31), que alcanzó ocho números y tenía su sede propia en el jirón de la Unión. En esta juvenil publicación aparecieron artículos de sus fundadores y de alumnos de otros colegios y universidades, como Carlos Cueto Fernandini, Luis Felipe Alarco, Pedro Benvenuto, Enrique y Ricardo Peña Barrenechea, Arturo Jiménez Borja, entre otros. También, poemas de Eguren e insólitamente - por primera vez en el Perú - Textos de Guillén, Salinas y Alberti.

La continuación de "Prometeo" es la revista "Palabra en defensa de la cultura", aparecida en San Marcos, Universidad en la que Tauro se graduó de Bachiller, con "Mocedad de José Rufino Echenenique" (1939), y de Doctor, con "Presencia y definición del Indigenismo Literario" (1940). Esta inclinación paralela por la historia y la literatura aparece también en "Palabra" (cinco números 1936-37 y dos números 1944). Sus editores: Tauro, Tamayo Vargas, Alvarado Sánchez, Arguedas y Champion formaron parte de la llamada "Generación Palabra" o "Grupo Palabra", cuyo necesario estudio hemos emprendido desde la Mesa Redonda que organizamos en "Insula" (28/04/89) y el homenaje rendido a la "Generación del 30-36" en el Banco Continental (Mes de las Letras, abril de 1990).

"Palabra" está marcada por las muertes de Mariátegui (1930) y de Vallejo (1938) y da testimonio de lo que sucede entre la pre-guerra mundial (1936) y la inminente caída del nazismo (1944). En ella se une la conciencia nacional y el espíritu universal. La firma de Tauro aparece en los homenajes rendidos a Barbusse, García Lorca, Bustamante y Ballivián y Alfonso de Silva; igualmente, en una importante respuesta a Nuñez Ureta titulada "En defensa del Indigenismo" en donde postula "la verdadera comprensión del Indigenismo y su revalorización como peruanismo artístico, popular y progresista". De su pluma son, también, "Perú en 1945" y "Libertad", referidos al final del nazismo y a la unidad del país y a la libertad social que se requiere para recuperar las energías nacionales y el desarrollo de

nuestras fuentes de riqueza.

II

El magisterio que refulge en las expresiones "Peruanicemos al Perú" (Mariátegui) y "Perú al pie del orbe" (Vallejo) marca a toda la generación de Alberto Tauro, cuya monumental obra está signada por esa impronta peruanista que aprovecha la experiencia universal. El mismo desempeño profesional confirma este aserto: profesor de Historia en San Marcos, Director de la Biblioteca Nacional, miembro de la Comisión del Sesquicentenario de la Independencia, integrante de las Academias de la Historia y de la Lengua, así como de la Sociedad Bolivariana, del Centro de Estudios Histórico-Militares y de la Sociedad Geográfica etc. Un marcado tono libertario y progresista sobresale de su acusosa y penetrante investigación. Esto lo podemos verificar en a) sus trabajos bibliográficos: Contemporáneos y Cultura (1938), El espejo de mi tierra (1942), Anuario Bibliográfico Peruano - 9 volúmenes- (1945-59), Bibliografía Peruana de Literatura (1931-58), Amauta y su influencia (1960), Bibliografía del Inca Garcilaso de la Vega (1966), etc.; b) sus textos desconocidos e inéditos sobre Amézaga, Castilla, L. B. Cisneros, Chocano, Gamarra, Laso, Lavalle, Luna Pizarro, Martínez Luján, Adán F. Mejía, Palma, Pardo y Aliaga, Segura, González Vigil etc.; c) sus antologías literarias e históricas: Poesía de la Historia del Perú (1948), Imagen del Perú (1960), Viajeros en el Perú Republicano (1967), La Independencia nacional y la política de las potencias (1969), Antología de la Independencia del Perú (1972) etc.; d) estudios literarios e históricos: El Indigenismo a través de la poesía de Alejandro Peralta (1935), Amarilis Indiana (1945), Esquividad y gloria de la Academia Antártica (1948), Historia e historiadores del Perú (1949), La fundación de la Biblioteca Nacional (1951), Perú: Epoca Republicana (1973), Clorinda Matto de Turner y la novela indigenista (1976), Enciclopedia Ilustrada del Perú-6 tomos- (1987).

III

Hemos perdido a un gran maestro del siglo XX y a uno de los más grandes mariateguistas (recopilador de su obra, reeditor de "Amauta", Presidente de la Comisión de su Centenario) cuando el espíritu juvenil de sus ochenta años anidaba otros proyectos.

Siempre recordaremos - acongojados- al querido y sabio profesor desde las aulas sanmarquinas, al colega generoso con el que compartimos múltiples labores literarias, al amigo entrañable - profundo y sencillo en su grandeza- La muerte se lo ha llevado tal como vivió siempre: dolido por el presente, pero al mismo tiempo esperanzado por el porvenir de nuestra patria

(LA REPUBLICA, 04 . 03 . 94)

JAVIER MARIATEGUI

Alberto Tauro en la Ruta del Amauta

En un país como el nuestro, tan necesitado de figuras éticas, paradigmáticas, de intelectuales con auténtica vocación peruanista, sensible al mismo tiempo a la realidad del mundo actual, la pérdida física del doctor Alberto Tauro del Pino es, para decirlo en el tono de la retórica formal, una verdadera "pérdida nacional".

Alberto Tauro fue una personalidad primorosamente troquelada: al mismo tiempo, un académico formal y un autodidacta vocacional. Como peruano representativo de su tiempo (que es también en parte del nuestro), observador, estudioso e intérprete del país, Tauro es una de las figuras más logradas de la generación que hubo de suceder a la de 1920 - del comienzo y el primer tramo del siglo que concluye - expresivo de un tiempo histórico "clave" para el entendimiento del Perú de hoy.

No fue sólo un investigador serio y autorizado de nuestro pasado. Su pasmosa erudición iluminaba las nuevas luces del conocimiento reciente puesto, que sus lecturas estaban actualizadas; perteneció a esa especie, lamentablemente en extinción, de enciclopedistas peruanos, capaces de ofrecer una imagen integral, de conjunto, del país real, de sus compromisos actuales y de sus responsabilidades futuras. "Concepto de Perú" fue el significativo título de su trabajo de incorporación como miembro titular de la Academia Peruana de la Lengua (1979).

Sólo mencionaremos, de su vasta producción escrita, la obra que debiera conocer todo peruano como fuente permanente de consulta, la **Enciclopedia Ilustrada del Perú**, verdadera "síntesis del conocimiento integral del Perú, desde sus orígenes hasta la actualidad", publicada en 1987. Esos densos seis tomos presentan al autor enterado de un país como el nuestro, no sólo de complicada geografía sino de historia también de difícil entendimiento. Agotada esa edición quedó preparada la segunda, con las explicables extensiones y adiciones.

Pero no es de sus aportes a la historia, a la literatura, a las ciencias sociales o al lenguaje peruanos lo que intentaremos esbozar en esta nota. Se centra en un campo más polémico y crítico, su presencia en el debate nacional, su compromiso con la realidad peruana vivida en tanto que observador y participante. Para una orientación congruente disponía Tauro,

además del conocimiento de la "realidad profunda" del país, de una compenetración con el pensamiento de José Carlos Mariátegui.

Don Alberto me contó que si bien durante sus estudios secundarios en el Colegio de La Inmaculada supo de la existencia de Mariátegui y del grupo "Amauta", generado alrededor de la revista del mismo nombre, no lo conoció personalmente. Conviene recordar que escritores precoces como Martín Adán, Estuardo Núñez y César Miró, al término de su adolescencia, estuvieron cercanos de José Carlos y que éste era un fino catador de talentos. Tauro fue testigo presencial sólo del imponente cortejo fúnebre que el 17 de abril de 1930 salía del jirón Washington para abrirse en multitud por el Paseo Colón y seguir así, engrosando sus filas, al centro de Lima, pasando por la Plaza de Armas hasta el cementerio Presbítero Maestro.

Pero fueron tempranas las lecturas de Mariátegui, primero los dos libros publicados en vida, **La Escena Contemporánea** y **7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana**, después, gracias a su formación de bibliógrafo, revisó la obra dispersa en **Amauta**, **Variedades** y **Mundial**. La presencia de José Carlos es clara en las páginas de la revista **Palabra (En defensa de la cultura)**, publicada por Tauro con José María Arguedas, Augusto Tamayo Vargas, Emilio Champión y José Alvarado Sánchez (1936-37 y 1943). El sello editorial de **Palabra**, publicó en 1945 **Latitudes de silencio** de Hugo Pesce y **25 años de sucesos extranjeros** de José Carlos Mariátegui, ambos con textos introductorios de Tauro. Significativamente, Mariátegui y Pesce, editados el mismo año por Tauro fueron dos figuras que gravitaron hondamente en su formación intelectual e ideológica. De Pesce tomó el rigor por el método científico y la perspectiva humanista, así como el gusto por el estilo literario. De Mariátegui, la comprensión del Perú en sus problemas y posibilidades, el instrumento de análisis, la ética del comportamiento político.

No sorprende, por ello, que Tauro nos acompañara desde las primeras etapas de las ediciones de las obras de Mariátegui. Por su cuenta se había tomado el trabajo de reproducir a máquina casi todos los artículos del *Amauta*, desperdigados en las revistas de Lima y de América Latina. Eran tiempos, en que no existía la fotocopia ni otros medios de reproducción. Me parece que alguna vez aclaró que colaboraron con él, en esta obra monumental, algunos alumnos de la Escuela de Bibliotecarios fundada por Jorge Basadre en la Biblioteca Nacional, de la que era profesor.

En **El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy**, Alberto Tauro y Antonio Navarro Madrid, cada quien de modo complementario, prepararon la compilación, de conformidad con un esquema dejado por el autor; y las notas las elaboró únicamente el primero. En **La novela y la vida**

(**Siegfried y el profesor Canella** escrita en 1929 y publicada como libro en 1955), Tauro es el autor del texto introductorio y el primero en recalcar la presencia del realismo social unido al examen del mundo irracional develado entonces, como novedad, por el psicoanálisis de Freud y otros medios de investigación de la realidad subjetiva.

Después, la presencia de Tauro es notoria en la publicación de la serie popular de obras completas con textos de presentación de **El artista y la época** y, principalmente, por su magnífica síntesis **Amauta y su influencia**, sistemática presentación de la revista de Mariátegui cuando no existía todavía la reimpresión en facsímile. Mucho facilitó la investigación mariateguiana este libro sobre **Amauta**, dotado con los índices pertinentes, orientadores de su lectura ordenada. Como no podía ser de otro modo, Tauro es el autor de los textos que presentan las ediciones en facsímile, de **Amauta**, **Labor** (1974) y **Nuestra Epoca** (1985). Debió serlo también de **Poliedro**, la hoja poética desgajada de **Amauta**, dirigida por el poeta cajamarquino Armando Bazán, registro de la inspiración de los entonces jóvenes poetas de vanguardia cuyo humor, travieso e irreverente, compartía también Mariátegui.

Pero lo más significativo de la larga relación de estudio y exégesis admirativa del autor de **7 Ensayos** es, sin duda, la insistencia de Tauro en la publicación de los **Escritos Juveniles**, que ahora componen siete tomos (1987-1993) de los ocho que abarcará la serie de los textos compilados, que no son todos, puesto que algunas colecciones no han sido accesibles; y tampoco comprende las notas sin firma publicadas por el joven Mariátegui en "El Tiempo" y, principalmente, en "La Razón". Se trata de la obra que José Carlos produjo en su adolescencia literaria y que firmara con su nombre o con seudónimos, "Juan Croniqueur" principalmente. La recopilación es obra de Tauro, así como los textos introductorios, verdaderos ensayos de investigación literaria que puso de relieve la continuidad del pensamiento de Mariátegui, y la emergencia, en la definición del género "crónica", del vigoroso pensador de los ensayos generados en los seis últimos años de la fecunda vida creativa de José Carlos Mariátegui.

Alberto Tauro trabajó con nosotros desde comienzos del 80 en el proyecto Anuario Mariateguiano, hecho realidad a partir de 1989. Compartió la dirección de esta publicación periódica con el mariateguista italiano Antonio Melis. Era para nosotros una especie de hermano mayor, cuyo juicio acatábamos o seguíamos muy de cerca. Tolerante e ironista, el trabajo personal con él era un grato disfrute intelectual y afectivo.

Por esos "errores" clamorosos de la aventura humana, por el enigma cifrado del ciclo vital individual, perdimos físicamente a Tauro en el año

consagrado a conmemorar el Centenario de José Carlos Mariátegui. Presidía la Comisión Nacional y el Comité de San Marcos; su ausencia material se hace ahora emblemática del resultado de los trabajos que, en dimensión mundial, en el año calendario, han comenzado ya a evocar al Amauta cien años después de su nacimiento.

(EL COMERCIO, 13 . 03 . 94)

CESAR MIRO

Alberto Tauro del Pino

En todas las instancias de la vida peruana, en la alta docencia, en la investigación historiográfica, en la crítica erudita, en la depurada creación literaria, estuvo presente siempre Alberto Tauro. Su desvelo pertinaz fue nuestro acontecer y nuestras vicisitudes, el problema de esta tierra y su destino. Pocas veces un hombre estuvo tan comprometido, tan espiritual y medularmente confundido con su pueblo. Durante largos años lo vi trabajar, construir, buscar afanosamente la verdad, combatir. Le preocupó el desequilibrio social en que vive el Perú, su incoherencia, su condición de país invertebrado. Alberto Tauro no regateó su acción en los momentos de incertidumbre, tratando de llenar nuestros vacíos y despejar nuestras incógnitas, desvelándose ante la amenaza de las horas en que parece que estuviéramos perdiendo el rumbo. No tuvo secretos para él la vida peruana que sometió a un perseverante escrutinio y que alguna vez llegaría a la contradicción dialéctica y a la duda. Fue un peruano insatisfecho, un humanista, un hombre cabal.

*(Boletín Informativo del Centenario de
José Carlos Mariátegui, 28 . 02 . 94)*

Alberto Tauro en la Cultura Peruana

Los que militábamos en la reforma universitaria de 1930, cuando aún estaba el debate vigoroso, abarcador e integral del hecho social promovido por José Carlos Mariátegui, pudimos anotar el advenimiento del grupo de la revista **Palabra** que conformaban Augusto Tamayo Vargas, José Alvarado Sánchez, José María Arguedas y Alberto Tauro. Significaron los nombrados y muchos más, la renovación de la inquietud dirigida a lograr un Perú mejor y además auténtico y constructivo. Alberto Tauro fue una de las voces más esclarecidas de esa generación y un intelectual verdadero y eficaz. Tauro no había alcanzado a conocer a Mariátegui pero en los años posteriores a 1930, bebía en sus libros la inquietud impregnada en los **Siete ensayos** (1928) y en las páginas cristalinas y sagaces de **La escena contemporánea** (1925) y más tarde en los cabales ensayos de **El alma matinal** (1950).

En esos años de formación, Tauro se familiarizó con toda la obra de Mariátegui y sobre todo, con las páginas de la revista **Amauta** (1926-1930), y luego se volcó en la coyuntura histórica de su época y en especial del Perú. Con ese caudal, prosiguió su desarrollo espiritual. Más adelante, habría de ofrecer un ensayo de ordenación de la obra total del maestro para desembocar, últimamente en la recopilación de los escritos de la etapa juvenil de Mariátegui (de 1914 a 1918), a cuyo análisis e interpretación reveladora ha dedicado precisamente los últimos años de su vida.

Tauro se sintió ganado por la historia como materia de enseñanza y por la historiografía como orientación en su trabajo de investigador. No estaba entonces vigente ni era habitual el rigor del trabajo intelectual ni tampoco era común que un historiador sintiese y mostrase en sus trabajos al par la exactitud del dato y el aprecio por las buenas formas literarias. Tauro consiguió esa simbiosis del buen escritor humanista, cuya práctica resultaba un tanto exótica en historiadores de poco cultivo literario y escaso rigor en el dato y en la exactitud de la cita.

Su preocupación por el fenómeno social y su vocación historicista desembocaron prontamente en el campo de la investigación sobre las grandes figuras del acontecer peruano, sobre todo en el proceso del Perú republicano. Le interesaban corrientes y movimientos reveladores del drama social o del acontecer intelectual en los comienzos de la transculturación de

lo español y lo indígena. Tuvo ingente labor en la investigación de periódicos y textos ignorados que se afaná en recoger y clasificar, dando a luz publicaciones de documentos o de textos reveladores.

*Toda esta tarea de años de empeñosa búsqueda iba a generar, en varias etapas, la gestación de su monumental **Enciclopedia Ilustrada del Perú**, obra de alta didáctica, de escrupulosa redacción y de invariable importancia para los investigadores posteriores de toda especialidad, pues en sus páginas se registran datos de la vida intelectual y social del lenguaje de los peruanos y de la producción nacional en cuanto a la naturaleza y la industria humana, la economía y los antecedentes de toda índole de fenómenos relacionados con la realidad nacional. Obra tan meritoria hubo de convertirse en un manual de consulta obligada. Tauro puso al servicio de la investigación y de la realidad peruana un valioso caudal de conocimientos que hubo de obtener con celo y esfuerzo. El Perú y todos los niveles de la investigación nacional son deudores a Tauro y a su consagración, por la entrega de conocimientos organizados que constituye su **Enciclopedia**, recogidos con paciente búsqueda y presentados con escueta y honesta fidelidad. Siempre cuidadoso en sus notas, y casi exhaustivo en su conjunto, tratado con respeto por la verdad y exactitud de nombres y fechas, constituye un libro ejemplar, revelador de todo lo que ha representado la tarea empeñosa que cupo desenvolver a Alberto Tauro, figura ejemplar de nuestra historiografía.*

Alberto Tauro cultivó virtudes muy valiosas - y poco comunes - en el campo de la cultura: la generosidad y el desprendimiento con que compartía sus saberes; la honestidad en el respeto por la verdad y la exactitud de sus datos e informaciones seguras que ofrecía, la laboriosidad característica en largas jornadas de trabajo que muchas veces fue gratuito o mal remunerado; y finalmente, la firmeza y la nobleza de sus convicciones ideológicas.